

# PERSPECTIVAS PSICOLÓGICAS EN EL ESTUDIO DEL AUTORITARISMO

*Edgardo Etchezahar<sup>1</sup> y Silvina Brussino<sup>2</sup>  
Argentina*

## RESUMEN

En el marco de la psicología se han desarrollado diferentes perspectivas teóricas para el análisis del fenómeno autoritario, las cuales constituyeron algunas de las líneas antecedentes de lo que más adelante se consideraría como campo de la psicología política. El primer enfoque comienza a fines del siglo XIX y principios del XX con la psicología de las masas, en donde el autoritarismo es estudiado como un comportamiento emergente de las multitudes. Posteriormente, los desarrollos de la personalidad autoritaria proponen un cambio en el eje de análisis, estudiando al fenómeno de manera intraindividual. Una tercera perspectiva surge con el enfoque cognitivo representado por el concepto de dogmatismo, que enfatizaba el estudio de las creencias y la forma en que los individuos las defienden. Paralelamente a este enfoque, los avances de la psicología social experimental en materia de obediencia dan cuenta del papel de la situación en el fenómeno autoritario. Tiempo más tarde, el estudio de la personalidad autoritaria es retomado con el concepto de autoritarismo del ala de derechas, definido como las diferencias individuales en la covariación de

<sup>1</sup> Psicólogo, doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Es docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora y becario por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sus áreas de investigación son: autoritarismo, ideología política, prejuicio generalizado. E-mail: edgardoetchezahar@psi.uba.ar

<sup>2</sup> Psicóloga, doctora en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Es docente en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba e investigadora por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sus áreas de investigación son: cultura política, ideología política, sofisticación política. E-mail: brussino@psyche.unc.edu.ar

tres conglomerados actitudinales (sumisión autoritaria, agresión autoritaria y convencionalismo). Finalmente, la perspectiva más reciente para el estudio del fenómeno en cuestión propone repensar al autoritarismo del ala de derechas como fenómeno intergrupal, ya que sus tres conglomerados actitudinales dan cuenta de un fenómeno grupal, además de un rasgo de personalidad. El objetivo principal de este trabajo es revisar críticamente cada una de las seis perspectivas que han abordado el estudio del autoritarismo como un fenómeno psicopolítico, dando cuenta de sus particularidades como de sus divergencias para, finalmente, considerar cuáles constituyen aún alternativas plausibles para la interpretación de este fenómeno.

**PALABRAS CLAVE:** autoritarismo, masas, dogmatismo, obediencia, sumisión, agresión, convencionalismo.

## INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la humanidad, el conflicto intergrupal ha sido un tema central analizado por grandes pensadores, políticos, historiadores, teólogos, teóricos militares y psicólogos, quienes han intentado examinar y explicar la naturaleza del problema desde diferentes perspectivas (Dahl, Shapiro & Cheibub, 2003). En este sentido, los estudios realizados en el marco de la psicología política sobre el autoritarismo ofrecen información relevante para comprender algunos de los aspectos centrales implicados en el conflicto intergrupal. El análisis del fenómeno autoritario tiene un carácter transversal en el estudio de los fenómenos psicopolíticos, dado que se lo ha relacionado con otras temáticas tales como el liderazgo político, la ideología, la participación política y la socialización política, entre otras. De esta manera, durante más de un siglo y en el marco de la psicología política su estudio se ha abordado al menos desde seis perspectivas diferentes, que construyeron herramientas conceptuales y metodológicas para la comprensión de fenómeno.

El primer enfoque en el estudio del autoritarismo surge del análisis del fenómeno de masas, el cual comienza a estudiarse a fines del siglo XIX (Le Bon, 1895, 2012) y continúa hasta principios del XX (Freud, [1921] 1998; Reich, [1933] 1980). Posteriormente, el autoritarismo fue estudiado como característica de personalidad cuya etiología podía ser ubicada en la primera infancia. No obstante, se consideraba que en la adultez los factores sociales, políticos y económicos pueden llegar a despertar una personalidad *potencialmente fascista* (Adorno *et al.*, 1950; Fromm, 1941). Un tercer enfoque para pensar al fenómeno autoritario propone como objeto central de análisis a las creencias de los individuos (Rokeach, 1960), analizando hasta qué punto son capaces de defenderlas. Así, surge el concepto de dogmatismo como alternativa a los desarrollos sobre el autoritarismo desde una perspectiva cognitiva, contraria a la psicoanalítica, dominante hasta el momento. Años más tarde, a partir del auge de la experimentación en psicología social, cobra relevancia

el enfoque interaccionista, que analiza al autoritarismo en situación (Turner, 1991). De acuerdo a tales desarrollos, si a un individuo que no tenía indicios de ser autoritario se le presenta una situación particular, en la cual se les solicita que dañen a un tercero bajo la responsabilidad de una autoridad, es probable que lo haga si se cumplen ciertas condiciones, pudiendo incluso llegar a matar (Elms & Milgran, 1967; Milgran, 1964). A partir de estos estudios, Altemeyer (1981) intenta plantear una síntesis superadora retomando el estudio del fenómeno como un rasgo de personalidad, pero considerando los avances realizados por las perspectivas anteriores. De esta manera, surge el autoritarismo del ala de derechas (Altemeyer, 1981), que si bien incorpora ciertas conceptualizaciones de Adorno *et al.* (1950), analiza al fenómeno desde un marco teórico interpretativo diferente, considerando que este puede ser explicado a través de la covariación de tres conglomerados actitudinales: la sumisión autoritaria, la agresión autoritaria y el convencionalismo. Por último, el enfoque más reciente propone estudiar al autoritarismo como un fenómeno intergrupal (Duckitt, 2010). Se trata de una reinterpretación del enfoque propuesto por Altemeyer (1981) a la luz de los desarrollos de la teoría de la identidad social (Tajfel & Turner, 1986). Así, se plantea que si bien el concepto de autoritarismo remite a un rasgo de personalidad, se pone en juego de manera intergrupal debido a que implica la pertenencia a un grupo, en el cual se establecerán una serie de normas a cumplir y la agresión hacia aquellos que no la cumplan.

Estas seis perspectivas para el estudio del autoritarismo han surgido, en momentos históricos particulares, a partir de discusiones entre ellas. De esta manera, la falta de consenso llevó a una proliferación de enfoques, muchos de los cuales perduran hasta hoy. Por lo tanto, el objetivo principal de este trabajo es revisar críticamente cada una de las seis perspectivas psicológicas que han abordado el estudio del autoritarismo, dando cuenta de sus particularidades así como también de sus divergencias para, finalmente, considerar cuáles constituyen aún alternativas plausibles para la interpretación de este fenómeno.

## EL AUTORITARISMO COMO FENÓMENO DE MASAS

A fines del siglo XIX, Le Bon ([1895] 2012) propone analizar históricamente el comportamiento de masas. Según este autor, las masas organizadas en agrupaciones políticas (particularmente socialistas) y sindicatos comienzan a determinar los destinos de las naciones. De esta manera, surgen los primeros trabajos dedicados al estudio del autoritarismo desde una perspectiva psicológica.

Le Bon ([1895] 2012) utilizaba el término *masa* para referirse a grandes grupos de personas en los que la individualidad se disipa en función del grupo, perdiendo el control de las ideas y emociones. Una masa, en términos

psicológicos, puede ser una turba callejera, un partido político o un sindicato, siendo su característica principal el comportamiento autoritario, en tanto no se guía por un principio de racionalidad. La aglomeración de individuos presenta una nueva serie de características diferentes a sus individualidades, ya que la masa adquiere una mentalidad colectiva, en la cual el pensamiento crítico es inundado por cualidades inconcientes para obtener ventajas competitivas. Los miembros de la masa se vuelven intolerantes y fanáticos, lo cual fue considerado por Le Bon como un descenso de varios escalones en la evolución de la civilización. Para Le Bon ([1895] 2012) el individuo en masa es bárbaro, actúa fundamentalmente por instinto, porque su comportamiento demuestra de forma convincente que «la parte que juega el inconsciente en todos nuestros actos es inmensa» (217). Además, el rol de líder es central dado que «una masa es un rebaño servil, incapaz de hacer nada sin un líder» (87). El autor considera que los líderes son mayoritariamente hombres de acción y no pensadores, ya que estos son fácilmente excitables, bordeando muchas veces la locura. Los líderes de masas se encuentran comprometidos de forma fanática con sus creencias, no pudiendo sustentar con argumentos racionales su accionar político. Asimismo, las masas «siempre están dispuestas a escuchar a los hombres fuertes» (235), respondiendo a la intensidad de su fe hacia un líder típicamente autoritario (Perry, Chase, Jacob, Jacob & Von Laue, 2009). Según Perry *et al.* (2009), es necesario considerar que el trabajo de Le Bon ([1895] 2012) constituye una justificación de un gobierno aristocrático, ya que intenta fundamentar un gobierno de élite autoritario en la sociedad, de manera contraria a los principios democráticos.

Años más tarde, el estudio del fenómeno de masas es retomado por Freud ([1921] 1998), quien lo analiza desde su teoría psicoanalítica. Según el autor, ciertos fenómenos grupales, así como los comportamientos sociales en general, pueden derivar de experiencias de la primera infancia o, dicho de otra forma, de la percepción subjetiva de dichos eventos (Stellmacher & Petzel, 2005). Para Freud ([1933] 1998) la personalidad madura es el resultado de los esfuerzos del yo para controlar los impulsos instintivos, con el objetivo de regular de manera aceptable la conducta. Todos los individuos atraviesan diferentes etapas en el desarrollo de la *libido* a lo largo de su infancia, a partir de distintas etapas en las que los sujetos pueden quedar fijados (oral, anal y fálica). Dado que estas hipótesis son *ad hoc*, solo pueden demostrarse *post facto*, entonces, Freud consideraba que al observar el comportamiento irracional, muchas veces autoritario, de los individuos en una masa, es posible discernir su regresión a la etapa de la evolución de la *libido* a la que han quedado fijados.

Según la teoría freudiana el yo se encarga de sostener la vida anímica del individuo, aunque debe de someterse a los designios de otras dos estructuras del aparato psíquico: el ello y el superyó (Freud, [1933] 1998). En los fenómenos de masa, la figura de un líder (imaginario o real) se introyecta en el superyó, presentándose como figura de autoridad a cuyos designios el individuo debe

someterse incondicionalmente. En cuanto a la economía psíquica, Freud ([1921] 1998) propone que en los fenómenos de masa se produce una doble ligazón libidinal entre, por una parte, el individuo y el líder y, por otra parte, los miembros de la masa. Según el autor, las estructuras sociales de la iglesia y el ejército son ejemplos de este proceso debido a que ambas poseen una fuerte organización jerárquica, constituidas a partir de líderes claros (Dios y el general) a quienes se les debe obediencia irrestricta.

No obstante, si bien Freud no trabajó específicamente el fenómeno del autoritarismo, su teoría psicoanalítica ofreció un campo fértil para el desarrollo de diferentes teorías que posteriormente se ocuparon del estudio de la temática. Muchos autores consideraron que el enfoque psicoanalítico ofrecía un marco a través del cual era plausible interpretar diferentes fenómenos psicosociales junto a otras teorías sociales como el marxismo.

## LA PERSONALIDAD AUTORITARIA

A partir de las conceptualizaciones desarrolladas por el psicoanálisis y el marxismo, Reich ([1933] 1980) estudió los fenómenos autoritarios en su obra *La psicología de las masas del fascismo*. En ese trabajo el autor explora los modos en los que el régimen fascista asciendo al poder en Italia, basándose en la emergencia de síntomas producidos por la represión sexual. Su pregunta central de investigación refería a por qué las masas se convierten en autoritarias, aunque esto vaya incluso contra sus propios intereses (Sharaf, 1994). Reich argumentaba que la razón de la emergencia del nazismo y el fascismo era la represión sexual: durante la niñez, como miembros del proletariado, los niños aprenden de sus padres a suprimir el deseo sexual. Por ello, en la adultez, la rebelión contra tales impulsos provoca ansiedad. De esta manera, el miedo a la revolución, así como a la sexualidad, está anclado en las características de la masa e influye a la gente a ser irracional (Cattier, 1970; Sharaf, 1994). Tales postulados cambiaron el eje de análisis en el estudio del autoritarismo: previamente el fenómeno de masas era considerado el promotor del comportamiento autoritario de las muchedumbres pero, según su planteo, es solo un disparador de aquello vivido en la infancia por cada una de las personas que forman parte de ese agregado de individuos. En términos de Reich ([1933] 1980), «la supresión de la naturaleza sexual en el niño, particularmente de sus genitales, lo hace aprehensivo, tímido, obediente, temeroso de la autoridad, bueno y normal en el sentido autoritario» (104). De esta manera, se paralizan las fuerzas rebeldes porque toda rebelión deviene en ansiedad y la misma inhibición de la curiosidad sexual en el pensamiento del niño produce una clausura de sus facultades de pensar. En suma, el objetivo de la supresión sexual produce un individuo ajustado a un orden autoritario que lo someterá a diversas formas de miseria y degradación. Desde su nacimiento, el niño debe

adaptarse a la familia, una estructura autoritaria en miniatura. Más tarde, esto lo hace capaz de subordinarse a un sistema autoritario general.

Al igual que Reich ([1933] 1980), Fromm ([1936] 1989) consideraba que la comprensión de los fenómenos sociales desde una perspectiva marxista se complementa con la teoría psicoanalítica, dado que esta última analiza los enlaces psíquicos mediadores entre el individuo y la superestructura. Así, desarrolló una síntesis freudomarxista en su trabajo *Método y función de una psicología social analítica*. Para responder a la pregunta sobre la existencia de otros mecanismos explicativos a la conformidad de las conductas sociales, además del ejercicio del poder, Fromm consideró a la familia como representante de la sociedad, en base a la teoría psicoanalítica freudiana. De esta manera, mientras que Freud ([1921] 1998) dio cuenta del alcance político de los análisis psicológicos, Fromm ([1936] 1989) la aplicó a los modelos de autoridad que tenían los trabajadores alemanes de las primeras décadas del siglo XX desarrollando una psicología social analítica. Según el planteo de Fromm ([1936] 1989), la familia es un punto especialmente adecuado para la interacción de los análisis marxista y freudiano, por ser el eje central en el que se entrecruzan las dimensiones sociales y libidinales, posibilitando que los sujetos experimenten diferentes modos de libertad (Horkheimer, [1936] 1972).

En este punto, Fromm (1941) analiza el concepto de libertad sugiriendo que muchos individuos, en lugar de utilizarla correctamente, intentan reducir al mínimo sus efectos negativos por pensamientos y comportamientos que ofrecen algún tipo de seguridad de acuerdo a tres respuestas:

1. *El autoritarismo*: además de los deseos de un líder autoritario de lograr el control de otras personas en un intento de imponer algún tipo de orden en el mundo, los individuos también desean someterse al control de alguna fuerza superior, que puede encontrarse bajo la forma de una persona o una idea abstracta (componente sádico y masoquista de la personalidad autoritaria).
2. *La capacidad de destrucción*: todo aquello que no pueda ser controlado debe destruirse (símil al sadismo).
3. *La conformidad*: proceso inconsciente a través del cual los individuos incorporan las creencias normativas y formas de pensamiento de su sociedad, experimentándolas como propias. Esto permite evitar el pensamiento libre, el cual provoca ansiedad.

El análisis del aspecto humano de la libertad y el autoritarismo lleva a Fromm (1941) a considerar el papel que desempeñan los factores psicológicos como fuerzas activas en el proceso social. Según este autor, si bien el nazismo puede ser analizado a partir de factores psicológicos, su estudio debe complementarse con la inclusión de los factores económicos y sociales. De esta manera Fromm sentó las bases para el estudio que realizarán años más

tarde el llamado Grupo de Berkeley, compuesto por Adorno *et al.* (1950), para analizar empíricamente el fenómeno autoritario.

La investigación realizada por Adorno *et al.* (1950) se basó en una hipótesis central: «las convicciones políticas, económicas y sociales de un individuo a menudo forman un patrón amplio y coherente (...) este patrón es una expresión de las tendencias profundas de su personalidad» (1). De este modo, la principal preocupación de los autores era poder conocer las particularidades que caracterizan al *individuo potencialmente fascista*, cuya estructura de personalidad lo hace susceptible a la propaganda antidemocrática. El sentido principal de este trabajo fue conocer cuáles son las *fuerzas de la personalidad* que favorecen tales comportamientos, para así poder combatirlos.

Tanto Adorno *et al.* (1950) como Fromm (1941) y Reich ([1933] 1980) explicaron la génesis de la personalidad autoritaria apelando a la teoría psicoanalítica de Freud, que enfatiza la importancia de las experiencias de la primera infancia como la base del desarrollo de la personalidad. Desde esta perspectiva, como ya se ha mencionado, la personalidad autoritaria se produce cuando las necesidades agresivas-compulsivas de los niños se suprimen excesivamente por las exigencias de obediencia a los padres, siendo proyectadas hacia otras personas pertenecientes a grupos percibidos como débiles o minorías. La figura punitiva del padre, como agente de socialización decisivo, está en la base de este razonamiento (Hopf, 1993). Además, Fromm (1941) plantea que la figura paterna autoritaria transmite al niño, de forma implícita o explícita, desvalorizaciones traducidas en falta de mérito y en ausencia de cualquier tipo de contención. Este aspecto remite a la propia autoevaluación de la figura paterna, quien se ve a sí mismo como indigno para ejercer el liderazgo, ya que siempre habrá alguien por encima de él en la jerarquía a quien admirar / someterse. Además, según la teoría psicoanalítica, la personalidad se configura dependiendo de la forma en la que se resuelve el complejo de Edipo y de las relaciones objetales (Ortiz Zabala, 1985).

Adorno *et al.* (1950) retoman los desarrollos de Fromm ([1936] 1989) acerca de la figura paterna para explicar los orígenes del autoritarismo, basados en los trabajos de Freud sobre las relaciones edípicas. En los casos en que estos conflictos se resolvían pobremente en la niñez, la agresión contra el padre se transformaba en obediencia masoquista y hostilidad sádica desplazada a otros objetos. Para Fromm (1941), el carácter autoritario nunca alcanza su madurez, debido a que a través de él no es posible amar ni hacer uso de la razón. Este aspecto es central para comprender la tendencia al aislamiento social del autoritario, sostenida por un miedo profundamente arraigado. Ese miedo, construido en la primera infancia, necesita de otra persona con la que establecer una relación simbiótica, que permita dar sentido a la vida cotidiana y evitar la destrucción de la propia identidad (Hopf, 1993).

## ENFOQUE COGNITIVO: MENTALIDAD CERRADA Y EL ROL DE LAS CREENCIAS

El trabajo de Adorno *et al.* (1950) fue rápidamente difundido a nivel mundial ya que su aporte a la evaluación de la personalidad potencialmente fascista era prometedor. En un clima global de tensión debido a lo que había dejado como saldo la Segunda Guerra Mundial, sumado a los diferentes focos neonazis que emergían en diferentes partes del mundo, analizar la personalidad potencialmente fascista de forma empírica era un asunto de amplia relevancia (Duckitt, 2010).

Sin embargo, las críticas al trabajo de Adorno *et al.* (1950) no se hicieron esperar: en primer lugar, se destacan los señalamientos de Shils (1954) acerca de que el autoritarismo conceptualizado por el Grupo de Berkeley se circunscribía únicamente al ala política de derechas. Lejos de ser una medida general del autoritarismo como Adorno *et al.* (1950) proponían, Shils (1954) consideraba que se trataba de una circunscripción del fenómeno autoritario al ala de derechas del espectro político, dado que aspectos tales como la tradición, la religiosidad y el etnocentrismo eran características propias de ideologías conservadoras, las cuales no consideraban a un autoritarismo en el extremo opuesto del continuo ideológico político: la izquierda. Por otra parte, según Westen (1992), en la década del cincuenta se produce un giro conceptual en el análisis de los fenómenos psicosociales: el pasaje de una interpretación psicoanalítica a una cognitiva. Si bien previo a la década del cincuenta esta perspectiva tenía un fuerte auge, así como el psicoanálisis continuó desarrollándose posteriormente hasta la actualidad, el cambio que analiza Westen (1992) es en el uso de marcos teóricos interpretativos de las principales publicaciones científicas referidas a temáticas psicosociales.

Para dar respuesta a estas dos críticas, Rokeach (1960) propone el concepto de *dogmatismo*, interpretando al fenómeno desde un enfoque cognitivo, retomando los trabajos previos acerca de la rigidez mental (Rokeach, 1948). Tal conceptualización implicó una nueva forma de pensar al individuo sujeto a un sistema de creencias, el cual sería más o menos permeable a la información que recibe del entorno. El análisis de la permeabilidad del sistema de creencias es posible analizarlo a partir de un continuo que va de una mentalidad abierta a una mentalidad cerrada (siendo esta última el polo del autoritarismo). A nivel conceptual, la propuesta de Rokeach (1960) permitía pensar que diferentes ideologías políticas podían ser autoritarias (incluyendo las de izquierdas), dependiendo del grado de apertura o cierre del sistema de creencias de un individuo. La teoría del dogmatismo parecía ser la respuesta al interrogante propuesto por Shils (1954) a nivel conceptual, pero sin embargo no sucedió esto con su evaluación empírica. Diferentes autores que utilizaron la escala de dogmatismo creada por Rokeach (1960) para evaluar al constructo, informaron que esta evaluaba únicamente al autoritarismo en el ala de derechas, con lo cual, más que dar cuenta del autoritarismo de izquierdas, la escala abonaba más evidencia a la idea de que el autoritarismo se circunscribía únicamente al ala de derechas.

## AUTORITARISMO EN SITUACIÓN

Paralelamente a los estudios de Adorno *et al.* (1950) y Rokeach (1960), la psicología social experimental daba cuenta de cómo los individuos en interacción podían responder de manera diferencial a lo que harían de forma aislada (Turner, 1991). De esta manera, ciertos aspectos considerados como característicos de un rasgo de personalidad, eran puestos en discusión, ya que podían variar radicalmente si se creaba una situación artificial por parte de los investigadores (Duckitt, 2010). Uno de los principales conceptos que estudia este enfoque es la obediencia, el cual tenía un lugar central en la construcción de las diferentes teorías acerca del autoritarismo, principalmente en la de los teóricos del Grupo de Berkeley, quienes analizaron al fenómeno como una característica individual llamada sumisión autoritaria. Este enfoque no tuvo en cuenta que la obediencia es esencialmente un comportamiento social, dado que, como afirma Milgram (1974), «los hombres no son sin otros y entre ellos se consolidan las estructuras jerárquicas» (123). En general, la obediencia es considerada como el cumplimiento de las solicitudes de un otro, sean razonables o no para el sujeto. Para el desarrollo de la vida en sociedad es necesario un sistema de autoridad, ya que «solo el hombre que vive en aislamiento no está obligado a responder a través del desafío o la sumisión, a las órdenes de los demás» (Milgram, 1963: 371).

Aunque los estudios de Milgram (1963, 1974) han sido criticados por su metodología y por sus implicancias éticas, no hay dudas de que pusieron en evidencia una serie de características significativas para que tenga lugar la sumisión a la autoridad en situaciones sociales específicas (Altemeyer, 1981). Particularmente, resulta destacable que estos experimentos pusieron de manifiesto que un importante número de personas eran capaces de administrar descargas eléctricas aparentemente letales a otros participantes. El 65% de los voluntarios que Milgram reclutó aleatoriamente mediante un anuncio en el periódico para realizar su experimento llegaron a administrar descargas de 450 voltios a una persona y prácticamente todos los participantes llegaron a los 300 voltios, antes de negarse a continuar.

No obstante, el porcentaje de sujetos dispuestos a administrar descargas letales disminuían al implementarse tres variaciones experimentales sobre el diseño original del experimento: a) oír las quejas de quien iba a recibir una descarga eléctrica; b) estar en la misma habitación con la supuesta víctima; y c) la proximidad con la víctima (e.g. tener que colocar la mano de los estudiantes en una «placa de choque» para administrar el castigo). Los porcentajes de obediencia fueron del 62,5%, 40% y 30%, respectivamente con cada variación. Estas variaciones en los resultados del experimento pusieron de manifiesto que la proximidad con la víctima fue el factor más importante para explicar la obediencia (Milgram, 1974). Cuanto más cerca se encontraban los participantes de la supuesta víctima, las probabilidades de

que obedecieran al experimentador disminuían y se negaban a administrar descargas eléctricas letales.

Milgram (1974) señala que su experimento produce un conflicto en los sujetos entre la disposición profundamente arraigada de no hacer daño a los demás y la tendencia igualmente fuerte a obedecer a la autoridad. En este sentido, existe un paralelo entre su propuesta y la teoría de la personalidad autoritaria desarrollada por Adorno *et al.* (1950), dado que en los sujetos potencialmente autoritarios existe una clara tendencia a ser punitivos con los infractores y desviados del orden social, no obstante es la situación la que lleva al individuo a presentar un comportamiento autoritario.

Uno de los principales debates acerca del experimento de Milgram (1963) giraba en torno a si su estudio refutaba o no la teoría desarrollada por Adorno *et al.* (1950), ya que bajo condiciones externas particulares emergía el comportamiento autoritario del sujeto, pero no quedaba claro si este respondía a una pauta de personalidad, como proponían los teóricos del Grupo de Berkeley, o si se generaba en el propio contexto. Esta discusión condujo a Milgram (Elms & Milgram, 1966) a realizar una nueva serie de estudios, esta vez considerando variables de personalidad de los participantes antes de realizar el experimento. De los 160 sujetos que habían participado en un experimento realizado previamente (Milgram, 1965), una submuestra de 40 (20 «desafiantes» y 20 «obedientes») fue seleccionada para participar en un estudio de seguimiento. Cada sujeto respondió, entre otros instrumentos, a la escala de F creada por Adorno *et al.* (1950) para evaluar a la personalidad potencialmente fascista. De este modo, los autores identificaron niveles de autoritarismo más altos en los sujetos clasificados como obedientes en comparación con los desafiantes, pero no se hallaron diferencias significativas en la escala F en aquellos sujetos con calificaciones altas y bajas en obediencia en las situaciones experimentales.

El estudio de Elms y Milgram (1966) demuestra que en algunos casos los sujetos obedientes parecían tener relaciones cálidas con la familia, lo cual es contradictorio con la teoría propuesta por la perspectiva psicoanalítica sobre la génesis del autoritarismo. Además, tal como señala Frenkel-Brunswick (1954), el estudio de los antecedentes infantiles de comportamientos tales como la obediencia, los prejuicios y el autoritarismo, raramente siguen un patrón uniforme y, por lo tanto, deben ser interpretados con cuidado. De esta manera, se concluye que los niveles de obediencia o desobediencia de un individuo no revelan necesariamente un patrón de personalidad única que de forma inevitable se expresa en un comportamiento u otro (Elms & Milgram, 1966). En este sentido, Elms (1972) señala que la relación entre el autoritarismo y la conducta obediente real debe ser tomada con recaudo, ya que la obediencia es una medida de la sumisión a la autoridad real. Según el autor, muchas de las investigaciones sobre el autoritarismo se han realizado de forma no experimental, con cuestionarios de papel y lápiz, que no necesariamente dan cuenta del comportamiento de las personas. Mientras que en

los experimentos realizados por Milgram puede observarse con claridad cómo la gente obedece o rechaza las demandas de la autoridad, en una situación realista y altamente perturbadora.

De tal manera, estos experimentos sobre la obediencia a la autoridad permitieron dar cuenta de las diferencias complementarias entre el enfoque situacional y la personalidad (Altemeyer, 1988). El poder de la situación puede verse con claridad en algunas de las diferentes variantes experimentales que introduce Milgram (1974). Por ejemplo, al incorporar a un actor más para que cumpla el rol de autoridad, junto con el sujeto experimental y el propio Milgram, intentaba dar cuenta de cómo actúa un individuo si otro profesor —además de Milgram— estaba de acuerdo con el experimentador en aplicar shocks eléctricos o no. Si el actor que hacía las veces de sujeto evaluado gritaba que quería ser liberado del experimento y uno de los profesores actores estaba de acuerdo con esto, solo cuatro de 40 participantes (10%) llegaban a los 450 voltios. Sin embargo, si los dos profesores (un actor y Milgram) no daban importancia a las quejas del estudiante que se supone estaba recibiendo choques eléctricos, 37 sujetos de 40 (92%) llegaban a los 450 voltios. Según Altemeyer (1988) esta es una de las principales lecciones de la psicología social acerca de cuán fácil es que la situación triunfe sobre las diferencias individuales.

Sin embargo, en toda situación también se ponen en juego los diferentes patrones de socialización de un individuo, aunque estos puedan ser dejados de lado ante un ambiente extraño, como ocurría en las situaciones experimentales propuestas por Milgram. Por lo general, los individuos actúan en ambientes familiares con personas conocidas cuyo comportamiento puede ser parcialmente inferido (Altemeyer, 1996). De esta manera Altemeyer propone que algunas personas necesitan poca presión situacional para someterse a las autoridades y atacar a quienes perciben como diferentes, mientras que otros necesitan de una presión significativamente mayor, por lo tanto propone que el autoritarismo que denomina como «del ala de derechas» puede ser pensado como una variable de personalidad (Altemeyer, 1988).

## EL AUTORITARISMO DEL ALA DE DERECHAS

Los trabajos de Altemeyer (1981, 1988, 2002) produjeron un giro original en el estudio del autoritarismo al plantear una nueva conceptualización de este fenómeno. La principal crítica de Altemeyer (1981) a las investigaciones previas refiere a que «han sido desarrolladas con gran rapidez y publicado mucho antes de que pudieran ser demostradas desde una perspectiva científica» (114). En este sentido, el autor destaca la escasa solidez teórica con la que se plantearon las diversas concepciones del autoritarismo, junto con la falta de análisis psicométrico de los instrumentos de evaluación utilizados, como por ejemplo la ausencia de análisis de los ítems, así como las deficiencias en su calidad y cantidad, niveles pobres de confiabilidad, multidimensionalidad de

los constructos, etcétera. Así, Altemeyer (1988) considera que muchos estudios se basan en una *falacia de la validez científica*, y reflexiona sobre el motivo por el cual diversos trabajos fueron aceptados para su publicación, concluyendo que este aspecto evidencia una «crisis de confianza» a nivel general de la psicología social, que complejiza no solo al estudio del autoritarismo sino a los diferentes temas que han sido abordados desde esta perspectiva.

Para desarrollar su propuesta teórica, Altemeyer (1981) retoma el trabajo realizado por Adorno *et al.* (1950) para analizar las características que en su conjunto conforman la personalidad autoritaria. El trabajo de Adorno *et al.* (1950) distinguía nueve características de la personalidad potencialmente fascista, mientras que Altemeyer (1981) considera que solo tres son relevantes para el estudio del fenómeno (la agresión autoritaria, la sumisión autoritaria y el convencionalismo). Cabe destacar que el trabajo de Altemeyer (1981) no confirma total o parcialmente el realizado por el Grupo de Berkeley sino que, según el autor, ese estudio fue el punto de partida de su investigación. Por ejemplo, mientras que Adorno *et al.* (1950) consideran que «(...) uno de los fenómenos que caracteriza a la clase media es la susceptibilidad hacia el fascismo» (229), y en función de esta premisa estipulan que el *convencionalismo* es «(...) la adherencia rígida a los valores de la clase media» (234). Altemeyer (1996) propone que el autoritarismo se focaliza en la percepción individual acerca de las normas aprobadas por quienes son percibidos como autoridades legítimas, pudiendo ser o no normas que caracterizan a la clase media. Asimismo, la *agresión autoritaria* es teorizada por el Grupo de Berkeley como «(...) el ataque hacia la gente que viola los valores convencionales de la clase media» (Adorno *et al.*, 1950: 228). Sin embargo, Altemeyer (1996) considera que esta premisa dejaría fuera, por ejemplo, a los participantes del experimento de Milgram sobre la obediencia a la autoridad. La *agresión autoritaria*, según Altemeyer, puede dirigirse hacia cualquier exogrupo que difiera en las convenciones endogrupales. El resto de las características de la personalidad autoritaria analizadas por Adorno *et al.* (1950), como el «cinismo», «superstición» o la «preocupación exagerada por la sexualidad», no forman parte de la estructura del autoritarismo.

Quizás el punto de mayor discordancia entre el Grupo de Berkeley y Altemeyer, se debe a que los primeros construyeron su modelo acerca de la personalidad autoritaria a partir de un marco psicoanalítico freudiano, destacando la primera infancia como raíz de los comportamientos adultos y enfatizando como causas a la hostilidad inconsciente canalizada a través de odios reprimidos, la hostilidad proyectada, etcétera. La propuesta de Altemeyer (1981) echa por tierra cualquier intento de interpretación psicodinámico del fenómeno (Hopf, 1993; Meloen, 1993), centrándose en el aprendizaje social (Bandura, 1974) como marco interpretativo de la construcción y mantenimiento de la personalidad autoritaria.

Altemeyer (1981) define al autoritarismo del ala de derechas como la covariación de tres conglomerados actitudinales en un individuo. Por una parte, la *sumisión autoritaria*, referida a un alto grado de sumisión a las autoridades percibidas como legítimas por el grupo de pertenencia. Por otra parte, la *agresión autoritaria*, definida como la agresión general dirigida a diferentes personas o grupos percibidos como diferentes al de pertenencia. Finalmente, el *convencionalismo*, entendido como un alto grado de adherencia a las normas sociales del grupo de pertenencia, percibidas como avaladas por la sociedad y las autoridades establecidas. Por conglomerado actitudinal el autor refiere a la orientación a responder de la misma manera —a nivel general— hacia cierta clase de estímulos (e.g. autoridades establecidas, grupos sociales objeto de agresión, convenciones sociales). Según Altemeyer (1981), una orientación a responder no es lo mismo que una respuesta concreta, ya que, como lo demostró Milgram (1974), la mayoría de los individuos pueden verse fácilmente inducidos por una autoridad considerada legítima a cometer actos aberrantes. De esta manera, el comportamiento autoritario resulta de la interacción de aspectos individuales e influencias situacionales. Dicho de otro modo, Altemeyer (1981, 1988, 1996, 2002) considera al autoritarismo del ala de derechas como un factor individual, o rasgo de personalidad, desarrollado sobre la premisa de que algunos individuos necesitan muy poca presión a nivel situacional para someterse a los designios de una autoridad y ejercer daño a otros, mientras que otros individuos difícilmente se verían afectados por tal presión.

En este sentido, al igual que lo postulado por Adorno *et al.* (1950), el autoritarismo del ala de derechas constituye una predisposición a actuar. Sin embargo el planteo de Altemeyer (1981) difiere sustancialmente de la postura del Grupo de Berkeley en la descripción del fenómeno y en la explicación de su desarrollo. Para este autor, la construcción de la personalidad autoritaria se produce de acuerdo al contexto, siendo los diferentes agentes de socialización elementos clave para su desarrollo. De esta manera, Altemeyer (1981) asume una perspectiva interaccional para la explicación del autoritarismo, en la cual la familia, el grupo de pares y las diferentes instituciones sociales de las que las personas forman parte (e.g. educativas, justicia, fuerzas de seguridad) cumplen un papel fundamental.

Altemeyer (1981) utiliza de manera indistinta los conceptos de autoritarismo y autoritarismo del ala de derechas, ya que considera que el único polo ideológico en el cual puede analizarse empíricamente este fenómeno es en el de la derecha política. No obstante, deja en claro que no es necesario que un individuo autoritario tenga una preferencia política específica, de hecho, en la mayoría de los estudios que realizó (Altemeyer, 1981, 1988, 1996, 2002) pudo observar que los sujetos que se clasificarían como autoritarios poseen un bajo o nulo interés por la política. En este sentido, Altemeyer (1981) considera que no se trata de una afinidad política, sino que los sujetos autoritarios pueden ser

considerados del ala de derechas debido a sus características psicológicas. La mayoría de los individuos que se autoclasifican como afines al ala de derecha política tienden a ser autoritarios, sin embargo mucha gente apolítica puede ser considerada autoritaria debido a sus niveles de intolerancia con respecto a los individuos que pertenecen a grupos sociales diferentes al propio.

### EL AUTORITARISMO COMO FENÓMENO INTERGRUPAL

El estudio del autoritarismo como un fenómeno intergrupar tiene su origen en los trabajos de Sumner (1906) realizados a comienzos del siglo XX.

El mencionado autor recurrió a las nociones de endogrupo y exogrupo para explicar al etnocentrismo como manifestación del autoritarismo. Años más tarde, Allport (1954) desarrolló una nueva conceptualización de endogrupo y exogrupo para analizar las diferencias individuales en el prejuicio, considerando que estas respondían a la percepción de cada sujeto respecto a un objeto social.

Sin embargo, no es hasta el trabajo de Downing y Mónaco (1986) que se comienza a discutir sistemáticamente si el autoritarismo debe ser conceptualizado como variable de personalidad o intergrupar. Los mencionados autores analizaron las relaciones entre la personalidad autoritaria (evaluada a través de la escala F) y los factores situacionales precursores del conflicto endogrupo-exogrupo, que habían sido puesto de manifiesto por experimentos como el de Sherif *et al.* (1961) conocido como *La cueva de ladrones*. Downing y Mónaco (1986) arriban a dos conclusiones principales:

1. los sujetos con bajos niveles de autoritarismo no presentan un claro sesgo de diferenciación endogrupo-exogrupo, y
2. los sujetos con altos niveles de autoritarismo presentan sesgos de diferenciación endogrupo-exogrupo, yendo en aumento en función del contacto diferencial.

De esta manera, el trabajo de Downing y Mónaco (1986) sobre las relaciones entre la personalidad y los factores situacionales, dio cuenta que el autoritarismo aumenta cuando los individuos realizan una mayor distinción entre la identificación por un endogrupo y la diferenciación respecto de un exogrupo. Los autores concluyen que sus hallazgos «favorecen a la teoría de la personalidad autoritaria, en lugar de la hipótesis de procesamiento de la información a nivel intergrupar para la comprensión del autoritarismo» (451), dado que las relaciones intergrupales no favorecían la reducción o el aumento del autoritarismo, salvo el contacto diferencial.

Años más tarde, Duckitt (1989) plantea que los trabajos previos que analizaron al autoritarismo como variable intergrupar y como rasgo de personalidad (Grabb, 1979; Hawthorn, Couch, Haefner, Langham & Carter, 1956;

Katz & Benjamin, 1960) fueron fallidos, tanto en sus justificaciones teóricas como empíricas, principalmente por los supuestos psicodinámicos sobre los que se sustentan. De esta manera, la propuesta de Duckitt (1989) critica la investigación desarrollada por Adorno *et al.* (1950) sobre la personalidad autoritaria por considerar que se sustenta en una perspectiva reduccionista del fenómeno: «El individuo ha sido analizado como un sistema regulado por una dinámica interna y no como un elemento de un sistema social más amplio fundamentalmente responsable de las propiedades de ese sistema» (Duckitt, 1989: 67).

En este sentido, Duckitt propone que es necesario analizar al fenómeno del autoritarismo desde un enfoque plausible de demostración empírica y, por ello, el autor basa su trabajo en los desarrollos previos de Altemeyer (1981). Como ya se ha dicho, la teoría del autoritarismo del ala de derechas da cuenta de la presencia del fenómeno a partir de la covariación del convencionalismo, la sumisión autoritaria y la agresión autoritaria a nivel individual, pero cuyo desarrollo fue social. Sin embargo, Duckitt (1989) considera que es necesario repensar esta propuesta en términos de cohesión grupal, tal y como fue desarrollado por Tajfel y Turner (1986) en su teoría acerca de la identidad social, ya que el autoritarismo «refleja la intensidad de la identificación emocional del individuo dentro de un grupo social determinado» (70). De esta forma, propone que los tres conglomerados actitudinales propuestos por Altemeyer (1981) pueden ser pensados a partir de seis preguntas que permiten dar cuenta del autoritarismo como un constructo «perceptible en el plano de las diferencias individuales y como fenómeno intergrupar» (71):

#### a) Convencionalismo: conformidad con las normas y reglas del grupo

1. Los comportamientos y creencias de los individuos ¿son regulados por las normas y reglas del endogrupo en oposición a la autorregulación por las necesidades individuales?
2. ¿Los individuos deben necesariamente ajustarse a las reglas y normas del endogrupo?

#### b) Agresión autoritaria: tolerancia versus intolerancia a la no conformidad

1. ¿Qué tan graves deben ser los castigos por la falta de conformidad a las normas y reglas del endogrupo?
2. ¿Quiénes deberían administrar tales castigos y condenas por no cumplir con la conformidad?



c) *Sumisión autoritaria: respeto y obediencia condicional versus incondicional*

1. ¿Hasta qué punto se les debe conceder respeto y obediencia incondicional a los líderes endogrupales y autoridades en lugar de poder diferenciar de manera condicional sus acciones en el desempeño del rol?
2. ¿Hasta qué punto deberían ser los líderes del endogrupo a quienes se les conceda respeto y obediencia incondicional en lugar de a la propia conciencia individual en función de sus intereses?

Como variable de contraste para el análisis intergrupar del fenómeno, Duckitt (1989, 2010) propone que el autoritarismo se ubica en la causa del prejuicio, y no a la inversa, como se ha asumido tradicionalmente (e.g. Adorno *et al.*, 1950). Sin embargo, aunque Duckitt (1992, 2010) proporciona evidencia empírica de la covariación del autoritarismo en diversas formas de prejuicio, el diseño de su investigación no permite afirmar causalidad salvo de manera parcial, dado que el autor trabajó con una metodología no experimental.

En síntesis, tanto la investigación experimental de Downing y Mónaco (1986), como los estudios de Duckitt (1989, 1992, 2010), concluyen que el fenómeno autoritario da cuenta de la distinción endogrupo-exogrupo. Sin embargo, aún queda por esclarecer su valor intergrupar, ya que a la luz de los hallazgos de Duckitt (2010) el autoritarismo tendría la misma influencia que el fenómeno comprendido como variable de personalidad, tal como fue estudiado por Altemeyer (1981).

## CONCLUSIONES

En este trabajo se han presentado seis perspectivas diferentes en el estudio psicológico del autoritarismo, basadas en diferentes recortes del objeto de estudio realizados desde distintos marcos teóricos y metodológicos. De esta manera, el estudio del autoritarismo como un emergente del fenómeno de masas iniciado por Le Bon ([1895] 2012) fue reelaborado por Freud ([1921] 1998) a partir de su teoría psicoanalítica y retomado por Reich ([1933] 1980), quien incorpora para su análisis la perspectiva marxista. Este enfoque del fenómeno comenzó a perder consenso ante los desarrollos de Frenkel-Brunswick (1954) y, en particular, de Fromm (1941) sobre la etiología familiar del autoritarismo. Si bien estos autores adoptan como marco teórico el enfoque psicodinámico, reestructuran los conceptos psicoanalíticos desarrollados por Freud ([1933] 1998) acerca de la etiología del autoritarismo, alejándose de una explicación intraindividual y planteando la construcción multicausal de la personalidad, donde la familia poseía un rol fundamental junto con las condiciones sociales,

políticas y económicas en las que ella se desarrolla. El autoritarismo como emergencia de un fenómeno de masas deja de ser tenido en consideración ya que el eje se centra en el desarrollo individual. No obstante, la no aceptación de los desarrollos psicodinámicos realizados por Fromm (1941) por parte del Grupo de Berkeley, provocó su alejamiento del Instituto de Investigación Social que compartía con Adorno.

En este marco, Adorno *et al.* (1950) desarrollan su teoría de la personalidad autoritaria desde un nivel de análisis intraindividual, donde el contexto solo operaría como un gatillo para despertar la personalidad potencialmente fascista, desarrollada durante la primera infancia. A pesar de las críticas recibidas (ver Christie & Jahoda, 1954), el trabajo de Adorno *et al.* (1950) fue rápidamente replicado en diferentes partes del mundo. Esto se debió a que, además de una novedosa conceptualización del fenómeno autoritario, los autores desarrollaron un instrumento para su evaluación: la escala F. Dicha escala fue sumamente relevante para el estudio de la personalidad potencialmente fascista en un contexto signado por la emergencia de grupos neonazis y fascistas en diferentes partes del mundo, poco tiempo después de haber concluido la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, una de las principales críticas esgrimidas contra este enfoque señalaba que la escala F no evaluaba la personalidad autoritaria de manera general, sino que permitía estudiar un tipo particular de autoritarismo: el del ala de derechas (Shils, 1954). Es importante señalar el contexto histórico en el que se realiza esta crítica, ya que al enmarcarse en el proceso de la Guerra Fría, muchos intelectuales consideraban que el autoritarismo de izquierdas era tan peligroso como el del ala de derechas (Leffler, 2008).

Paralelamente, en los cincuenta se produce un giro conceptual en el análisis de los fenómenos psicosociales: el pasaje de un marco teórico interpretativo basado en la teoría psicoanalítica a la primacía de un marco cognitivo (Westen, 1992). En este marco surgen los desarrollos de Rokeach (1960), quien propuso el concepto de *dogmatismo*, retomando sus trabajos previos acerca de la rigidez mental (Rokeach, 1948). Esta perspectiva tuvo como eje central las creencias de las personas. Su propósito fue analizar los niveles de tolerancia de un individuo hacia otros que piensan de modo diferente. De esta manera, la propuesta teórica de Rokeach (1960) permitió analizar si los individuos defendían sus creencias de manera dogmática, independientemente del contenido (e.g. científicas, religiosas, políticas). Sin embargo, aunque sus desarrollos teóricos fueron convincentes y prolíficos (Meloan, 1993), su sustento empírico era débil, e incluso por momentos contradictorio. Además, esta propuesta se centró únicamente en los aspectos cognitivos sin considerar la influencia del contexto, lo cual no es coherente con el estudio de una variable psicosocial como el autoritarismo. Estas críticas llevaron a que la propuesta de Rokeach perdiera consenso en el mundo científico y fuera dejada de lado (Duckitt, 2010).

Al mismo tiempo que se desarrollaba la propuesta de Rokeach, la psicología social experimental avanzó en el análisis de uno de los principales aspectos del autoritarismo: la obediencia. Si bien Fromm (1941) y Adorno *et al.* (1950) propusieron, desde una perspectiva psicodinámica, que uno de los ejes centrales para el estudio del autoritarismo era la sumisión a la autoridad, los trabajos de Milgram (1963, 1965, 1974) acerca de la obediencia ofrecieron evidencia empírica acerca de cómo una situación puede llevar a individuos sin ninguna patología previa a obedecer órdenes criminales. Estos estudios constituyen evidencia fuertemente contradictoria con la explicación etiológica de la personalidad autoritaria propuesta por Adorno *et al.* (1950), dado que no es posible que la gran mayoría de los individuos que participaron de los experimentos de Milgram hayan crecido en ambientes hostiles, con la figura de un padre punitivo. Además, Elms y Milgram (1966) indagaron por los ambientes donde se desarrollaron en su infancia los individuos que llegaban hasta las últimas consecuencias al dar shocks eléctricos durante su experimento. Sorprendentemente para los autores, muchos de los sujetos que entrevistaron tenían una muy buena relación con su familia y no consideraban haber crecido en un ambiente hostil.

Durante la década del setenta era muy difícil sostener que el fenómeno del autoritarismo podía ser estudiado como un rasgo de personalidad en exclusiva, debido a las múltiples críticas esgrimidas al trabajo de Adorno *et al.* (1950), junto a la fallida evaluación del dogmatismo por parte de Rokeach (1960) y los hallazgos empíricos de la perspectiva situacional (Milgram, 1974; ver Experimento de la prisión de Stanford, Zimbardo, 2007). No obstante la propuesta de Altemeyer (1981) sobre el autoritarismo del ala de derechas, el fenómeno vuelve a ser analizado como una variable de personalidad. Según Altemeyer (1981), su teoría es complementaria al enfoque situacional, ya que si bien es indiscutible que la presión de la situación puede conducir al sujeto a conductas aberrantes, no siempre sucede así. Es necesario considerar que en los experimentos acerca de la obediencia realizados por Milgram (1974) algunos sujetos decidieron no continuar con la administración de shocks eléctricos. El único modo plausible de comprender la conducta diferencial de estos sujetos es apelar a sus características de personalidad. Así, Altemeyer (1981) propone que las diferentes respuestas a una situación de obediencia pueden ser explicadas por rasgos de personalidad cuya etiología se ubica en las diferentes formas en las que un individuo interactuó con el ambiente en su historia de vida, a partir del aprendizaje social (Bandura, 1974).

En las últimas décadas, la propuesta de Duckitt (1989, 2010) reconceptualiza el autoritarismo del ala de derechas al considerarlo como una variable de personalidad susceptible de un análisis intergrupalo. Según el autor, los tres conglomerados actitudinales descritos por Altemeyer (1981) expresan las relaciones entre el endogrupo (el cual posee una serie de normas convencionales que el individuo debe acatar para ser parte de él: convencionalismo y

sumisión) y el exogrupo (aquellos que no acatan las reglas del grupo interno a quienes se desprecia y discrimina: agresión autoritaria). De esta manera, se entiende por autoritarismo del ala de derechas a la identificación de un individuo con su grupo de pertenencia y junto con la tendencia a agredir a quienes son diferentes.

Finalmente, es importante destacar que si bien se presenta un recorrido por diferentes conceptualizaciones psicológicas del autoritarismo en base a un ordenamiento cronológico, se trata solo de un recurso expositivo, dado que este tipo de desarrollo no se produce de manera lineal. Además, por razones de extensión, en este trabajo no se han considerado desarrollos teóricos y empíricos muy cercanos al fenómeno del autoritarismo que sin duda han intervenido de manera decisiva para su comprensión (e.g. la necesidad de cierre cognitivo, la intolerancia a la ambigüedad, la ansiedad de muerte). Por ello, este trabajo se propone como un intento de esclarecer las relaciones entre las distintas perspectivas psicológicas que han permitido comprender el fenómeno del autoritarismo, no obstante es necesario avanzar en su análisis.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T. W., Frenkel-Brunswick, E., Levinson, D. J. & Sanford, R. N. (1950). *The Authoritarian Personality*. New York, NY: Harper-Row.
- Allport, G. W. (1954). *The Nature of Prejudice*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Altemeyer, B. (1981). *Right Wing Authoritarianism*. Winnipeg: University of Manitoba Press.
- Altemeyer, B. (1988). *Enemies of Freedom*. Winnipeg: University of Manitoba Press.
- Altemeyer, B. (1996). *The Authoritarian Spectre*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Altemeyer, B. (2002). Dogmatic behavior among students: Testing a new measure of dogmatism. *Journal of Social Psychology*, 142, 713-721.
- Bandura, A. (1974). Behavior theory and the models of man. *The American Psychologist*, 29, 859-869.
- Cattier, M. (1970). *The Life and Work of Wilhelm Reich*. New York, NY: Horizon Press.
- Christie, R. & Jahoda, M. (1954). *Studies in the scope and method of «The Authoritarian Personality»*. Glencoe, IL: Free Press.
- Dahl, R., Shapiro, I. & Cheibub, J. A. (2003). *The Democracy Sourcebook*. Cambridge: The MIT Press.
- Downing, L. L. & Monaco, N. R. (1986). In-group/out-group bias as a function of differential contact and authoritarian personality. *The Journal of Social Psychology*, 126(4), 445-452.
- Duckitt, J. (1989). Authoritarianism and group identification: A new view of an old construct. *Political Psychology*, 10(1), 63-84.
- Duckitt, J. (1992). *The Social Psychology of Prejudice*. New York, NY: Praeger.
- Duckitt, J. (2010). A Tripartite Approach to Right-Wing Authoritarianism: The Authoritarianism-Conservatism-Traditionalism Model. *Political Psychology*, 31(5), 685-715.

- Elms, A.C. & Milgram, S. (1966). Personality characteristics associated with obedience and defiance toward authoritative command. *Journal of Experimental Research and Personality*, 1, 282-289.
- Frenkel-Brunswick, E. (1954). Further explorations by a contributor to The Authoritarian Personality. En R. Christie & M. Jahoda (Eds.), *Studies in the scope and method of «The Authoritarian Personality»* (pp. 226-275). Glencoe, IL: Free Press.
- Freud, S. ([1921] 1998). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XVIII. Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras (1920-1922)* (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1933] 1998). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932-1936)* (pp. 29-58). Buenos Aires: Amorrortu.
- Fromm, E. ([1936] 1989). Authority and the Family. En J. D. Stinson (Comp.), *Erich Fromm Papers, 1929-1980* (pp. 124-151). New York, NY: The New York Public Library.
- Fromm, E. (1941). *Escape From Freedom*. New York, NY: Avon Books.
- Grabb, E. G. (1979). Working class authoritarianism and tolerance of outgroups: A reassessment. *Public Opinion Quarterly*, 43, 36-47.
- Hawthorn, W., Couch, A., Haefner, D., Langham, P. & Carter, L.F. (1956). The behaviour of authoritarian and equalitarian personalities in groups. *Human Relations*, 9, 57-74.
- Hopf, C. (1993). Authoritarians and their Families: Qualitative Studies on the Origins of Authoritarian Dispositions. En W. F. Stone, G. Lederer & R. Christie (Eds.), *Strengths and weaknesses: The authoritarian personality today* (pp. 119-143). New York, NY: Springer-Verlag.
- Horkheimer, M. ([1936] 1972). *Critical Theory: Selected Essays*. New York, NY: Continuum International Publishing Group.
- Jost, J. T. & Sidanius, J. (2004). *Political Psychology: Key Readings*. London: Psychology Press.
- Katz, I. & Benjamin, L. (1960). Effects of white authoritarianism in bi-racial work groups. *Journal of Abnormal Social Psychology*, 61, 448-560.
- Le Bon, G. ([1895] 2012). *The Crowd: Study of the Popular Mind*. New York, NY: Create Space Independent Publishing Platform.
- Leffler, M. P. (2008). *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*. Buenos Aires: Crítica.
- Meloan, J. D. (1993). The F Scale as a predictor of fascism: An overview of 40 years of authoritarian research. En W. F. Stone, G. Lederer & R. Christie (Eds.), *Strengths and weaknesses: The authoritarian personality today* (pp. 47-69). New York, NY: Springer-Verlag.
- Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67, 371-378.
- Milgram, S. (1965). Some conditions of obedience and disobedience to authority. *Human Relations*, 18, 57-76.
- Milgram, S. (1974). *Obedience to Authority*. New York, NY: Harper Row.

- Ortiz Zabala, M. & Abad Matro, M. Á. (1985). Escalada de valores en los autoritarios. *Análisis y Modificación de Conducta*, 11(29), 345-365.
- Perry, M., Chase, M., Jacob, J., Jacob, M. C. & Von Laue, T. H. (2009). *Western civilization: Ideas, politics, and society*. Boston, MA: Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.
- Reich, W. ([1933] 1980). *The mass psychology of fascism*. UK: Farrar, Straus and Giroux.
- Rokeach, M. (1948). Generalized mental rigidity as a factor in ethnocentrism. *Journal of Abnormal Social Psychology*, 43, 259-278.
- Rokeach, M. (1960). *The Open and Closed Mind*. New York, NY: Basic Books.
- Sears, D. O., Huddy, L. & Jervis, R. (2003). *Oxford Handbook of Political Psychology*. New York, NY: Oxford University Press.
- Sharaf, M. (1994). *Fury on Earth: A Biography of Wilhelm Reich*. Cambridge: Da Capo Press.
- Sherif, M., Harvey, O. J., White, B. J., Hood, W. R. & Sherif, C.W. (1961). *Intergroup conflict and cooperation: The Robbers Cave experiment*. Norman: University Book Exchange.
- Shils, E.A. (1954). Authoritarianism: «Right» and «left». En R. Christie & M. Jahoda (Eds.), *Studies in the scope and method of «The Authoritarian Personality»* (pp. 226-275). Glencoe, IL: Free Press.
- Stellmacher, J. & Petzel, T. (2005). Authoritarianism as a group phenomenon. *Political Psychology*, 26, 245-274.
- Sumner, W. (1906). Folkways. En L. L. Downing & N. R. Monaco, N. R. (1986), *Ingroup/out-group bias as a function of differential contact and authoritarian personality. The Journal of Social Psychology*, 126(4), 445-452.
- Tajfel, H. & Turner, J.C. (1986). The social identity theory of inter-group behavior. En S. Worchel & L. W. Austin (Eds.), *Psychology of Intergroup Relations*. Chicago: Nelson-Hall.
- Turner, J.C. (1991). *Social influence*. Milton Keynes, England: Open University Press and Pacific Grove, Calif.: Brooks/Cole.
- Westen, D. (1992). Social cognition and social affect in psychoanalysis and cognitive science: From analysis of regression to regression analysis. En J. W. Barron, M. N. Eagle & D. L. Wolitzky (Eds.), *The interface of psychoanalysis and psychology*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Zimbardo, P. G. (2007). *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*. New York, NY: Random House.